



## Aviso Legal

### Artículo de divulgación

Título de la obra: Fujimori, reflejo de la crisis de los partidos peruanos

Autor: Gonzales Alvarado, Osmar

Forma sugerida de citar: Gonzales, O. (1997). Fujimori, reflejo de la crisis de los partidos peruanos. *Cuadernos Americanos*, 1(61), 197-216.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año XI, núm. 61, (enero-febrero de 1997).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).  
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.  
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe  
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,  
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>  
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.

- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.

- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

## FUJIMORI, REFLEJO DE LA CRISIS DE LOS PARTIDOS PERUANOS

Por *Osmar GONZALES*  
FLACSO-SEDE MÉXICO

EL PASADO 28 DE JULIO DE 1995, el presidente del Perú, ingeniero Alberto Fujimori, se puso la banda presidencial por segunda vez consecutiva. Ello fue posible gracias a la reforma constitucional que él mismo patrocinó, la cual posibilitaba la reelección inmediata, cosa que no estaba contemplada en la anterior Carta Constitucional, vigente desde 1980. El 65% alcanzado por el presidente en aquellas elecciones generales fue más que suficiente para eliminar del horizonte de posibilidades una segunda ronda electoral.

Como se sabe, Fujimori llegó al gobierno luego de derrotar en las elecciones generales de 1990 al escritor-candidato Mario Vargas Llosa. Luego de quedar en un sorpresivo segundo lugar en la primera vuelta electoral, Fujimori pudo recaudar el apoyo de la mayoría de la población que no se llegó a identificar con Vargas Llosa, que era visto como muy distante del electorado, tanto social como étnica y culturalmente.<sup>1</sup>

Fujimori, hijo de migrantes japoneses, representaba para muchos la revancha de un hombre perteneciente a los grupos culturales y étnicos secularmente marginados de la vida social peruana. Este hecho hizo resurgir, en pequeños sectores de la población, ciertos prejuicios que supuestamente habían sido superados a lo largo de las últimas décadas, en las que el Perú experimentó una profunda democratización social, pero que en realidad se mantenían vivos y agresivos.

El asombro por el avasallador triunfo electoral de un candidato prácticamente desconocido sólo fue el inicio de una serie de sorpre-

<sup>1</sup> Al respecto véase Carlos Iván Degregori y Romeo Grompone, *Demonios y redentores en el nuevo Perú. Elecciones 1990*, Lima, IEP, 1991.

sas que sobrevendrían durante su gestión presidencial. Para el nuevo presidente los primeros meses fueron de desconcierto y de una errática política de alianzas. En ellas Fujimori incorporó en su gabinete a miembros destacados de la izquierda y sostuvo mancuerna parlamentaria con el partido aprista (impidiendo el enjuiciamiento por enriquecimiento ilícito al ex presidente Alan García Pérez).

Su discurso inicial guardó coherencia con lo que había expresado durante la campaña electoral: no al *shock* económico, una mayor política social, prioridad a los más pobres, reactivación de la alicaída industria nacional, etc. Sin embargo, esta alianza terminó cuando Fujimori decidió aplicar el plan de ajuste, por lo que sus aliados cambiaron en una escena política sustancialmente modificada: esta vez sería la derecha la que lo apoyaría. Desde entonces aplicó severa y consecuentemente una política de reestructuración económica cuyo primer objetivo era abatir la hiperinflación.

Sumado a ello, la presencia corrosiva de la subversión, protagonizada por Sendero Luminoso (y, en menor medida, por el Movimiento Revolucionario Túpac Amaru) fue llevando lentamente a Fujimori a establecer una estrecha relación con los militares, enduciendo con ello la represión, que llegó a ser indiscriminada. Todo se encontraba justificado desde las esferas oficiales por el objetivo primordial y estratégico de derrotar la insurrección armada.

De esta manera, el nuevo, sorpresivo e impredecible candidato tenía ante los ojos dos grandes problemas a resolver, que eran los mismos que habían estado jaqueando la democracia desde su implantación en el Perú en 1980: la hiperinflación y la guerra.

Su discurso se fue acentuando y radicalizando en contra de las instituciones, a las que llamó ‘caducas y corruptas’, especialmente el Poder Judicial, que había mostrado ineptitud en materia de política antiterrorista, y el Parlamento, al que acusó de elefantiásico, lento e ineficaz. Pero también enfiló contra los partidos, a los que comenzó a identificar con el pasado, con la ineptitud, con el clientelismo, entre otras cosas.

La solución que requerían tales asuntos, entendió Fujimori, implicaba la asunción de un mando fuerte, centralizado, casi personal. Evidentemente, el Parlamento, compuesto en gran parte por grupos opuestos al entonces naciente fujimorismo, no iba a concederle las facultades que solicitaba. Luego del enfrentamiento entre ambos poderes (Ejecutivo y Legislativo) Fujimori, apoyado en sectores del

Ejército, decidió cerrar el Parlamento. Se trata del famoso autogolpe del 5 de abril de 1992.<sup>2</sup>

Contra todos los pronósticos, el apoyo de la ciudadanía fue amplio. Sin embargo, no se trató de un apoyo movilizado y entusiasta, sino de una aceptación de los hechos ante diez años de gobiernos constitucionales (el de Acción Popular y el del Partido Aprista) que no habían podido resolver los grandes problemas del Perú ya mencionados.

Los éxitos para Fujimori vendrían pronto. En septiembre del mismo año fue capturado el ya casi mitológico Abimael Guzmán, el *Camarada Gonzalo*, cabeza indudable del senderismo. Por otro lado, la hiperinflación fue abatida. En 1992 la inflación llegó a 55%, luego de haber estado en los años anteriores en los cuatro dígitos. Fujimori empezó a ser identificado con la eficacia política.

No obstante, la presión internacional obligó a que el gobierno peruano estableciera una agenda para la vuelta a la constitucionalidad lo más pronto posible. La solución fue elegir una Asamblea Constituyente que redactara una nueva Carta, que sería sometida a consulta popular. El gobierno ganó el referéndum de 1994 con una mayoría no tan holgada como muchos analistas habían previsto. Esta inesperada reducción de las distancias electorales entre gobierno y oposición hizo abrigar esperanzas a esta última de que era posible ganar ciertos espacios políticos con miras a las elecciones generales de 1995. En el intermedio se realizaron las elecciones municipales, en las cuales el presidente Fujimori tuvo que retirar al candidato que él auspiciaba para evitar una derrota política inquietante en el camino a la reelección.

La utilización de los medios del poder para realizar campaña en su favor no tuvo antecedentes. Trató de sacar el máximo provecho de sus éxitos, especialmente en su combate al terrorismo. Exhibió sus logros en materia económica, de manera central el crecimiento que había logrado el país por dos años consecutivos, con cifras que no tenían precedentes: 7% en 1993 y 12% en 1994. El respaldo internacional fue también un punto de apoyo importante. Mejores condiciones para su reelección no podía pedir.

Pero todo ello se facilitó por la propia acción errada de los partidos de oposición. El APRA prefirió presentarse solo en las elecciones en la creencia que iba a lograr una votación más o menos respetable

<sup>2</sup> Para un balance de las razones del autogolpe véase la Separata Especial de la revista *Cuestión de Estado* (Lima, IDS), diciembre de 1992.

que le sirviera de base para una renovación interna. Acción Popular también decidió jugársela solo. Izquierda Unida, o para decirlo mejor, los fragmentos más radicales que se quedaron con el nombre, presentaron una plancha poco atractiva y sin bríos, luego que el ex alcalde de Lima, Alfonso Barrantes, retirara su candidatura por dicho frente.

La única alternativa con alguna posibilidad más o menos sería era la del frente llamado Unión por el Perú, liderado por quien fue secretario general de las Naciones Unidas, Javier Pérez de Cuéllar. Sin embargo, al interior el frente se mostraba poco sólido, con fricciones entre los diversos grupos que lo apoyaban y que iban desde sectores moderados de izquierda hasta personajes ya identificados con ideologías conservadoras en el panorama político peruano. Pero además la imagen del propio candidato se exhibía con poco lustre. Por momentos recordaba aquel pasado que había sancionado la ciudadanía en elecciones anteriores. Pérez de Cuéllar se asemejaba mucho a lo que se quería dejar atrás.

Los resultados no podían ser más beneficiosos para el presidente-candidato ni más lapidarios para la oposición. El APRA, el gran partido del presente siglo en el Perú, ni siquiera pudo llegar al 5% requerido para mantener la inscripción en el registro electoral.

Esto es sintomático, y no sólo desde el punto de vista electoral, puesto que la gran vitalidad de dicho partido se fundaba en cierta identidad que proveía a grandes contingentes populares cholos, emergentes desde fines de los años veinte. Es decir, la pérdida de apoyo estaría reflejando modificaciones profundas en la identidad que se están produciendo al interior de las clases populares en el Perú de los noventa. Ello puede estar diciéndonos que están buscando nuevos referentes político-sociales en los cuales se puedan sentir reflejadas y representadas.

Acción Popular llegó sólo alrededor de 2% de los votos, Izquierda Unida a 1.5% y Unión por el Perú a 24%. Se puede decir que el viejo sistema de partidos en el Perú colapsó; que era necesario crear nuevos referentes en la vida política peruana. Ello suponía, evidentemente, dar muestras de madurez y asumir que, efectivamente, los partidos vigentes en los últimos años habían fracasado. Lo cual implicaba, a su vez, ejercer la autorreflexión y la autocrítica y buscar los demonios dentro de uno mismo y no en los demás.

Sin embargo, analizar la derrota de los viejos partidos en el Perú sólo dentro del tiempo pequeño del fujimorismo nos hace correr el riesgo que por mirar los árboles no seamos capaces de ver el

bosque. Lo que estoy tratando de decir es que la crisis de los partidos peruanos hay que entenderla en un proceso que viene de más atrás, que tiene raíces más profundas que en el simple juego de las alianzas electorales en la arena de lo propiamente político. En suma, la hipótesis que voy a tratar de exponer es que el fracaso del (precario) sistema de partidos en el Perú se debe explicar a la luz de procesos culturales que modificaron sustancialmente al país desde mediados del siglo XX y que tuvieron una encarnación institucional en el reformismo militar del general Juan Velasco Alvarado.

A contracorriente de lo que en general han sostenido los partidos y sus voceros, Fujimori no ha sido el mandarín que los ha desplazado, marginado ni sacado de escena gracias a una voluntad maquiavélica. Lo que sucedió es que Fujimori fue lo suficientemente político para darse cuenta que era posible cubrir el vacío producido por el desfase entre los procesos socioculturales y las representaciones políticas propiamente dichas.

Dicho desencuentro se agudizó en los diez años de régimen democrático, a los que la sociedad asoció con corrupción e ineficacia. Es decir, Fujimori puede ser visto como consecuencia casi natural de las incapacidades de los partidos y no al revés, la derrota de los partidos consecuencia de la existencia de aquél. Esto es lo que desarrollo en las siguientes líneas.

### *El régimen militar: hibernación y oxidación de los partidos*

COMO decía, si bien es cierto que Fujimori se encargó de legitimar sus medidas con base en la crítica a la "partidocracia" y a las "instituciones caducas" (son sus términos), también es verdad que los partidos en el Perú exhibían graves problemas que venían de antes. Para entender este "antes", también afirmé, debemos retroceder al reformismo militar. ¿Por qué? El golpe del 3 de octubre de 1968 fue resultado de una serie de procesos sociales, políticos y culturales que el Perú experimentaba aproximadamente desde mediados de los años cincuenta, es decir, los representantes de una relativa modernización, urbanización e industrialización, que alentaron una mayor movilidad social.

Estos procesos ocasionaron un fortalecimiento de las clases medias, mayor presión de los grupos industriales por no seguir marginados del "pacto oligárquico" (entre grandes terratenientes, poderes locales y grupos financieros), nuevas organizaciones políticas

que reclamaban mayor democratización del sistema político excluyente (cuya mayor radicalización está representada por el Movimiento de Izquierda Revolucionaria-MIR y las guerrillas que dirigió en 1965, que fueron rápidamente derrotadas), etcétera.

Pero el hecho más trascendental que revoluciona la vida peruana en su totalidad son las masivas migraciones del campo a la ciudad que se producen por esos años. Éstas no sólo ocasionaron cambios sustanciales en el aspecto demográfico, sino que significaron un cuestionamiento profundo a las relaciones básicas que caracterizaban a la sociedad peruana oligárquica, que siempre marginó y despreció a los sectores indígenas y campesinos.

Además, estos contingentes de migrantes, que se acordonaron en las afueras de Lima, se constituyeron en un peligroso y amplio sector con sus demandas de servicios básicos, que no siempre el Estado estaba en condiciones de atender, con el subsecuente peligro que ello podía acarrear al crecer el descontento de una franja importante de la población. Es decir, los contingentes migratorios representaron un problema tanto social como cultural y político.

En este contexto aparecieron nuevos partidos, especialmente de clase media, con un programa renovador, de mayor apertura y tratando de representar a los nuevos sectores sociales que emergían en el Perú bullente de mediados de siglo. Son partidos que se caracterizaron por cuestionar el poco espacio que ofrecía el orden oligárquico para la incorporación de nuevas organizaciones políticas que pretendían luchar por el poder. Los partidos más característicos son Acción Popular-AP de Fernando Belaúnde Terry (que llegó al poder en dos ocasiones), la Democracia Cristiana-DC de Héctor Cornejo Chávez, abogado arequipeño, con grandes virtudes intelectuales pero falto de carisma para relacionarse con las masas, y el Movimiento Social Progresista-MSP, otro partido, igual que Democracia Cristiana, compuesto por intelectuales como los hermanos Augusto y Sebastián Salazar Bondy.

Debemos hacer hincapié en que ninguno de estos partidos apareció para representar a los sectores migrantes que, como ya he mencionado, constituían el proceso más transformador de los últimos años. Incluso el Movimiento de Izquierda Revolucionaria-MIR, que fue al campo para realizar la revolución, estuvo conformado por profesionales universitarios. Más aún, gran parte de su fracaso se debió a que intentó organizar las guerrillas cuando los sectores campesinos o estaban preparando sus maletas para irse a Lima o tenían el arado en la mano para continuar con sus faenas agrícolas. Lo que



quiero dejar establecido es que por estos años ya se puede advertir cierto desfase entre los partidos políticos y los sectores sociales significativos, hecho que posteriormente tendrá sus repercusiones. Reitero que este desfase no fue sólo político, sino también social y cultural.

Sólo Acción Popular y su dirigente, Fernando Belaúnde Terry, tuvieron cierta sensibilidad para una comunicación con las masas, aunque no exenta de rasgos definitivamente populistas. Se trató del partido más político de todos. Mientras unos tenían un carácter eminentemente intelectual-programático (la Democracia Cristiana y el Movimiento Social Progresista), otros ostentaban una orientación predominantemente militarista (el Movimiento de Izquierda Revolucionaria).<sup>3</sup>

A estas alturas resulta imprescindible mencionar que el único partido que merecía ser reconocido como tal era el APRA, el cual, luego de dejar atrás su origen subversivo de los años treinta, había pactado con la oligarquía, primero apoyando al gobierno de Manuel Prado, después, durante el gobierno de Acción Popular (1963-1968), formando alianza parlamentaria con el general Manuel A. Odría. Este viraje táctico e ideológico le significó al APRA perder gran parte de su influencia sobre los sectores populares. El vacío de representación dejado por dicho partido trató de ser cubierto por las nuevas agrupaciones ya mencionadas (es más, hay que recordar que el mismo Movimiento de Izquierda Revolucionaria fue una escisión radical del partido aprista; por ello inicialmente se llamó APRA Rebelde).

Los meses iniciales del primer gobierno de Acción Popular, partido que gobernó en alianza con la Democracia Cristiana, al menos los primeros años, tuvieron una fuerte orientación reformista, sin embargo, la carencia de una mayoría parlamentaria que lo respaldara, cosa que sí había logrado la alianza APRA-UNO (Unión Nacional Odríista), impidió que sus proyectos de reforma se materializaran en decisiones gubernamentales. De este modo, el partido en el poder no podía gobernar y el Parlamento sólo se preocupaba por obstruir las iniciativas provenientes del Ejecutivo. Naturalmente, sobrevino la ingobernabilidad. En ese sentido, el golpe de Velasco acudió tanto para terminar con el *impasse* institucional como para

<sup>3</sup> Sinesio López, "Partidos políticos, Estado y democracia en el Perú", en *El Dios mortal. Estado, sociedad y política en el Perú del siglo XX*, Lima, IES, 1991, p. 82.

impedir que aquellas masas que estaban despertando se convirtieran en actores de un proceso subversivo que podía devenir incontrolable. Pero, como ya es sabido, el golpe militar de 1968 fue un caso peculiar dentro de la historia de intervenciones militares ocurridas en el Perú, puesto que se trató de un golpe "institucional" y no simple medida de protección de los intereses oligárquicos, como tradicionalmente había sucedido a lo largo del siglo xx. Más aún, el reformismo militar acabó con el orden oligárquico.<sup>4</sup>

La destrucción del "antiguo régimen" oligárquico liberó ciertos procesos que aquél había contenido de manera primordial por medio de la represión. Si bien el velasquismo promovió, aunque no necesariamente de modo deliberado, procesos de profunda democratización social gracias a las reformas estatales (las mismas que se combinaron con un discurso nacionalista, tercermundista y no alineado), institucionalmente fue un gobierno autoritario en el que se reproducía la jerarquización militar. Todo este esquema funcionó bajo la conducción del propio Velasco, caudillo de innegable carisma dentro de la institución castrense y que supo ganarse el afecto de la mayoría de la población.

De este modo, el Estado se convirtió en la instancia única en la que se procesaban las decisiones. Esto estuvo acompañado por la tesis del "no partido" debido en gran parte a la experiencia inmediata anterior en la que los partidos aparecían como incapaces de solucionar los conflictos por sí mismos y como portadores de particulares intereses egoístas sin ninguna responsabilidad ante la nación. En este contexto, los partidos fueron obligados a pasar un periodo de hibernación, incluido el APRA, que veía, además, que muchos de los programas que había proclamado desde sus primeros años se estaban llevando a cabo. Con los principales dirigentes de aquellos partidos opuestos al régimen militar en el exilio las estructuras partidarias podría decirse que se oxidaron.

Por otra parte, el velasquismo fue capaz de atraer a intelectuales y dirigentes de aquellos partidos que habían reclamado reformas, como la Democracia Cristiana y el Movimiento Social Progresista,

<sup>4</sup> Como ya numerosos analistas lo han señalado, el golpe de Velasco fue posible por los profundos cambios en la mentalidad castrense. La bibliografía al respecto es larga, simplemente menciono un libro reciente que recoge gran parte de los numerosos estudios al respecto. Me refiero al de Nicolás Lynch, *La transición conservadora. Movimiento social en el Perú, 1975-1987*, Lima, El Zorro de Abajo, 1992.

además de conseguir el "apoyo crítico" del Partido Comunista Peruano.

No me interesa resumir todo el proceso velasquista, simplemente invito al lector a consultar la amplia bibliografía que ya existe al respecto. Pero lo que sí quiero es remarcar la proposición central, cual es que, en gran parte, la crisis de los partidos políticos en el Perú encuentra sus orígenes precisamente en lo que he llamado hibernación durante los doce años que duró el régimen militar, sumando los de la primera y segunda "fases".

Resumiendo, el proceso impulsado por el reformismo militar transformó de manera drástica el escenario peruano, permitiendo la aparición de diversos actores: obreros, pobladores, campesinos. Son nuevos sujetos que proyectan nuevas identidades y que demandan otros discursos. En este terreno es que se debe entender el relativo éxito de los diversos partidos de la llamada "nueva izquierda" en el Perú, que trataron de interpretar y representar los intereses de estos nuevos actores sociales pero en una lógica política de oposición intransigente y posturas maximalistas, lógica que si bien en su momento rindió frutos, posteriormente, cuando en los años ochenta se ingrese a gobiernos constitucionales, encontrará límites definitivos que tratarán, infructuosamente, de ser superados.

El ingreso al poder de Francisco Morales Bermúdez en 1975, aprovechando la enfermedad de Velasco y apoyado por el sector conservador dentro de la cúpula castrense, inició una nueva etapa en el proceso del gobierno militar. Ya no se trataría de impulsar reformas democratizadoras sino de constreñir las demandas populares bajo una manera represiva y antipopular de ejercer el gobierno. Sin embargo, más allá de las diferencias que se pueden reconocer entre Velasco y Morales Bermúdez, para el tema que interesa en estas páginas hay que resaltar dos cosas.

En primer lugar, la prescindencia de los partidos para la toma de decisiones y, en consecuencia, su dilución como los vehículos privilegiados para organizar la voluntad colectiva de los diferentes sectores sociales que estaban en búsqueda de representantes. El Estado aparece, entonces, como el espacio institucional que los reemplaza en sus funciones, con la ventaja adicional de mostrar mayor capacidad de atender ciertos reclamos por bienestar que los partidos.

En segundo lugar, que los doce años de régimen militar tuvieron como consecuencia principal para los partidos el que éstos se revelaran cada vez más incapaces de asimilar y dirigir los nuevos procesos que una sociedad dinámica como la peruana de los setenta mostraba.

Es decir, la poca relación ‘orgánica’ entre partidos y sujetos sociales ocasionó un profundo desfase entre sujetos y representaciones político-partidarias. En ese sentido, la sociedad peruana se movilizó y transformó pero las estructuras partidarias no, éstas sólo reaccionaban por reflejo pero sin capacidad alguna de conducción. Así, y gracias especialmente al reformismo velasquista, mientras surgía una ciudadanía popular con exigencias de representación, los partidos seguían manifestando su lejanía con respecto al nuevo país emergente, al que se mostraban incapaces de entender. Se ahondaba la distancia entre sujetos representables y organizaciones potencialmente representativas.

*Los partidos ante la democracia:  
más exigencias que capacidades*

EL retorno a gobiernos constitucionales en 1980 colocó a los partidos en un escenario nuevo. Sólo el APRA y Acción Popular tenían verdadera experiencia en el ejercicio de la política. La Democracia Cristiana se diluyó hasta casi desaparecer y el Movimiento Social Progresista se desintegró. Por su parte, los partidos de la nueva izquierda no sólo no tenían experiencia de actuación política en un marco de reglas comunes, sino que además no les interesaba adquirirla, al menos en los primeros momentos del régimen democrático.<sup>5</sup> De este modo, la democracia rebrotaba pero sin contar con los agentes que supuestamente deberían de otorgarle su legitimidad: los partidos políticos. Éstos más bien eran débiles, inorgánicos, agrupaciones efímeras, sin consistencia de representación en los sectores sociales.

El triunfo, sorprendente, de Acción Popular su segundo periodo podría dar la impresión de que se trató de un partido sólido, pero más bien se trataba de ‘una federación de independientes’, como lo calificó alguna vez un cáustico dirigente aprista. El mérito de Acción Popular fue contar con un dirigente que supo interpretar cierto humor popular antimilitarista y que encontró el campo libre gracias a la ausencia de partidos que fueran portadores de verdaderas alternativas. El único que hubiera podido hacerlo era el APRA, pero

<sup>5</sup> Para un análisis de cómo la izquierda peruana asumió el concepto de democracia véase el artículo de Osmar Gonzales, ‘La seducción de la democracia. Socialismo y nueva izquierda en el Perú’, *Perfiles Latinoamericanos* (México), año 3, núm. 5 (1994).

éste en los inicios de 1980 se debatía en profunda crisis luego de la muerte de Víctor Raúl Haya de la Torre, su dirigente y fundador histórico.

Por otra parte, el hecho de que fueran dos los únicos partidos que tenían posibilidades reales de llegar al poder puede llevar a otro equívoco, es decir, a creer que era posible construir un sistema bipartidista que, según Seymour M. Lipset,<sup>6</sup> teniendo en mente el ejemplo norteamericano, es el mejor. Pero la sociedad peruana, evidentemente, no es como la norteamericana, estructurada y con mayores niveles de integración y desarrollo.

Por el contrario, la sociedad peruana aparecía como una realidad bullente, como una nación aún en la búsqueda de sí misma, fragmentada, con procesos ambiguos y, ya para esa época, destructivos, especialmente por la profunda crisis económica y la guerra subversiva protagonizada por Sendero Luminoso, de modo principal. Además, APRA y Acción Popular se ubican en la tradición de los partidos-movimiento latinoamericanos más que en la del partido profesional-electoral, característica de los que actúan en Estados Unidos. Es decir, las condiciones para instaurar el bipartidismo, visto como el mejor, estaban —y aún lo están— lejos de ser alcanzadas. Julio Cotler explica esta falta total de sintonía entre los partidos y la sociedad por la pervivencia de los rasgos clientelistas y prebendistas de aquéllos.<sup>7</sup>

El triunfo del APRA en 1985 no ayudó a resolver ningún problema, por el contrario, agravó todos. Las pugnas internas que quedaron libres entre los diferentes caudillos luego de la muerte de Haya de la Torre, por la conducción de aquel viejo partido, tuvieron su resolución con la victoria interna de un dirigente que se constituiría en el presidente más joven de la historia del Perú: Alan García.

Lo particular del proceso electoral en el que García ganó la presidencia fue el propio momento político, pues no tuvo que disputar el poder con algún partido tradicional como Acción Popular, sino con un frente fundado en septiembre de 1980 y que agrupaba a toda la izquierda legal: Izquierda Unida. Se trataba, obviamente, de un hecho sumamente particular en la vida política peruana. La Izquierda Unida aparecía como un frente político resultado de la

<sup>6</sup> Seymour M. Lipset, *El hombre político. (Las bases sociales de la democracia)*, Buenos Aires, EUDEBA, 1963.

<sup>7</sup> Julio Cotler, "Descomposición y redefiniciones políticas en Perú", en *Transformaciones sociales y acciones colectivas: América Latina en el contexto internacional de los noventa*, México, El Colegio de México, 1994.

práctica política de los fragmentados partidos de la nueva izquierda que durante el régimen militar habían sabido estrechar su relación con buena parte del sector organizado de las clases populares. Las expectativas que generó este frente fueron enormes, parecía que por fin surgía una fuerza política con capacidad real de interpretar y representar los intereses y las demandas de los nuevos sectores sociales que se habían más o menos consolidado durante la democratización social de los años setenta. Izquierda Unida fue vista, al menos por una parte importante de los analistas, como una posibilidad de aliviar, si no de solucionar, la separación entre representantes y representados. Los cholos, mayoritarios en el Perú, tendrían finalmente, se pensaba, su propia expresión política.

El triunfo de García sobre Alfonso Barrantes (de Izquierda Unida) marcó, al mismo tiempo, el pico y la caída de los partidos en el Perú. Como ya he mencionado anteriormente, la instauración de la democracia encontró oxidados a los tradicionales partidos que quedaban, pues pertenecían a un pasado que había quedado atrás. Es decir, que se formaron y consolidaron durante plena dominación oligárquica. Cuando reaparecen en escena el Perú ya era otro.

Los partidos políticos hacen recordar a aquellos artistas que luego de saborear el éxito en su etapa de juventud se retiran. Posteriormente, cuando quieren volver a las tablas, se dan cuenta que el público ya no es el de antes, que no hay comunicación y que, es lo peor, ellos mismos han cambiado. Más o menos esto es lo que sucede con los partidos peruanos en los años ochenta. Han envejecido y ya no son capaces de reconocer a las que antes eran consideradas como sus bases porque éstas también se han modificado. Entonces sólo les queda tratar de hacer reverdecer, sin éxito, sus antiguas glorias. El primer ejemplo de la incapacidad de los partidos para sintonizar con el nuevo país es el triunfo de Ricardo Belmont para la alcaldía de Lima en 1989, cuando, en general, los partidos quedaron rezagados con respecto a los candidatos llamados "independientes".<sup>8</sup>

Si alguna fuerza política tenía posibilidades de éxito era la Izquierda Unida, básicamente porque surgió desde adentro de los nuevos procesos sociales y políticos del Perú de los últimos años. Acción Popular y el APRA tuvieron al alcance de sus manos el generar cierta unidad o consenso nacional gracias al masivo respaldo

<sup>8</sup> Véase el artículo de Alberto Adrianzen M., "Gobernabilidad, democracia y espacios locales", *Perfiles Latinoamericanos*, año 3, núm. 5 (1994).

electoral que recibieron en 1980 y 1985, pero fracasaron, aunque por distintos motivos.

Mientras Acción Popular pertenecía demasiado al pasado, a sus tradiciones, a su dirigente y a ese estilo señorial que siempre lo caracterizó, el APRA, por el contrario, se mostraba, con García y su discurso de construir un 'futuro diferente', excesivamente libre de toda tradición, de toda responsabilidad adquirida y llegando incluso a la arbitrariedad. Entre ambos la Izquierda Unida no podía ser identificada con el pasado ni podía tampoco carecer de responsabilidades. La Izquierda Unida aparecía entonces con las mayores posibilidades de soldar un proyecto de unidad nacional con un programa de cambios sustanciales. Por eso era vista como la opción segura para reemplazar al APRA en el gobierno. Sin embargo, antes de las elecciones generales de 1990 Izquierda Unida se inmoló en su primer congreso nacional, dividiéndose en aras de hasta ahora poco comprensibles razones. Su ruptura significó la liberación de procesos que habían estado fermentándose por detrás de los gobiernos elegidos por el voto popular y que los contenían a duras penas.

Finalmente, la unidad nacional contra la crisis y la violencia política quedaron como retos flotando en el aire, listos para ser capturados por alguien suficientemente perspicaz. Es entonces cuando se anudan y acumulan los procesos que Teresa Tovar llama de larga y corta duración. Entre los primeros: el hecho que los partidos no hayan sabido producir, desde los años cincuenta, "representación total y duradera en ningún sentido", nuevas instituciones y agrupaciones que emergen "en la periferia de la ciudadanía y el sistema político", la persistencia de las separaciones étnico-culturales, y la contradicción entre centralismo y regionalismo. Entre los segundos: la crisis que debilita al sistema político, erosiona instituciones y aumenta la pobreza, el autogolpe del 5 de abril que impide la democracia, la revolución tecnológica "que modifica los modos de comunicación e intermediación entre individuos, grupos y ciudadanos" y, finalmente, la globalización de la economía.<sup>9</sup>

Con esto podemos reubicar la crisis de los partidos políticos en el Perú dentro de una realidad mundial nueva. Angelo Panebianco, tomando a Otto Kirchheimer,<sup>10</sup> señala algunos cambios en los

<sup>9</sup> Teresa Tovar, "Los partidos políticos en el diván", *Punto de Vista* (Lima), núm. 9 (1994).

<sup>10</sup> Otto Kirchheimer, "El camino hacia el partido en todo el mundo", en Kurt Lenk y Franz Neumann, eds., *Teoría y sociología críticas de los partidos políticos*, Barcelona, Anagrama, 1980.

partidos europeos que pueden servir para dialogar con las características de los partidos en nuestros países. Estas modificaciones son: desideologización y concentración en el mundo de los valores (desarrollo económico, defensa del orden público); mayor apertura a grupos de interés, pérdida de peso político de los afiliados y declive del papel de los militantes; fortalecimiento del papel organizativo de los dirigentes y relaciones más débiles entre los partidos y el electorado, las viejas organizaciones afines al partido también se modifican estableciendo lazos más débiles con él (sindicatos, por ejemplo). A estos cambios, Panebianco agrega la progresiva profesionalización de las organizaciones de partido, en donde los expertos y los técnicos adquieren cada vez mayor importancia.<sup>11</sup> Como se puede ver, nada de lo señalado nos resulta extraño.

Por otro lado, ha sido mencionado el papel revolucionario de la vertiginosa transformación tecnológica. Ésta, unida a los cambios globales, nos puede ayudar a precisar mejor cómo se revela la crisis de los partidos en el momento actual. En primer lugar, la nueva tecnología obliga a replantear las viejas relaciones políticas cara a cara. Con respecto a los "usos caducos" de las relaciones políticas de antaño, Rafael Roncagliolo señala que han entrado en crisis cuatro elementos básicos de las formas de hacer política, a saber: la *militancia* de tiempo completo; la *célula* como el lugar privilegiado de la vida política; el *local partidario* como uno de los escenarios favoritos en el pasado, y el *mitin* como la forma por excelencia de las campañas electorales.<sup>12</sup>

Evidentemente, esta caducidad de las anteriores formas de hacer política de los partidos tiene que ver con los procesos sociales mayores experimentados últimamente: pérdida de la centralidad clasista, dispersión de intereses, ausencia de identidades preconstituidas, carácter multidimensional de las identidades sociales y políticas, mayor peso de las motivaciones individuales, ausencia de grandes proyectos, entre otros. Todo ello ocasiona el que los partidos no tengan asideros seguros donde poder ubicarse y pierdan anclajes sociales sólidos desde los cuales orientar su acción.<sup>13</sup>

<sup>11</sup> Angelo Panebianco, *Modelos de partido*, Madrid, Alianza Universidad, 1990.

<sup>12</sup> Rafael Roncagliolo, "La política en la galaxia Bit", *Cuestión de Estado* (Lima, IDS), año 2, núm. 10 (1994).

<sup>13</sup> Con relación a estos procesos y la experiencia peruana véase Romeo Grompone, "La política en el inicio de una época", *Márgenes* (Lima), año VII, núm. 12 (1994).



*Fujimori, los partidos y la necesidad de refundación*

OBIAMENTE todas estas características adquieren su expresión más acabada luego del autogolpe de Fujimori. La crisis de los partidos se refleja, en ese momento, básicamente en dos cosas que van de la mano. Por un lado, la aceptación popular a la medida de Fujimori demostrando con ello que su crítica a los partidos tenía fundamento o verosimilitud en la sociedad; y, por otro, la incapacidad de los partidos para reaccionar ante la situación terminando completamente envueltos en la acción política oficial. Esto es explicable de modo básico por la incapacidad de los partidos gobernantes (incapacidad con la que por extensión se identifica a la democracia en tanto sistema político) para resolver los principales problemas de la sociedad peruana de los ochenta, vale decir, crisis económica y violencia política. El autoritarismo implantado por Fujimori prometía acabar con ambas, y la gente le creyó y apoyó, y aún lo hace, a pesar de las recesivas medidas económicas conocidas como “*fujishock*”. En el fondo, lo que el autoritarismo le ofrecía a la gente era seguridad contra el caos que amenazaba al país.<sup>14</sup>

Dije que las críticas de Fujimori a la “partidocracia” tenían fundamentos y aparecían ante los ojos de la población como justas. El producto de su descrédito y desgaste se puede observar en la vertiginosa pérdida de apoyo electoral que Sinesio López muestra con las siguientes cifras: mientras que en 1980 la votación total de los partidos representó 96.7%, en 1985 fue 96.9%, y en 1990 sólo alcanzó 63%.<sup>15</sup>

Estos datos llevan a López a afirmar que “la crisis de los partidos los ha incapacitado, al menos ahora, para gobernar el país, dirigir y representar a determinados grupos y clases sociales, para comunicarse con la ciudadanía y canalizar su participación política, vale decir, para cumplir las funciones que son propias de un partido político”.<sup>16</sup> El resultado, continúa López, es que el sistema de par-

<sup>14</sup> Interpretando el porqué del apoyo a Fujimori, Julio Cotler dice que éste “es el resultado de una sociedad pulverizada y de una política pulverizada. Fujimori encontró una sociedad destruida. Ahora en vez de incremento de movimientos sociales, puede haber un aumento de la delincuencia, del narcotráfico, de la apatía. Cuando una sociedad está destruida hay apatía y cinismo. Cada quien se las arregla como puede, y el que no puede se muere”, entrevista aparecida en *Caretas* (Lima), núm. 1360, 27 de abril de 1995.

<sup>15</sup> Sinesio López Jiménez, “Los partidos políticos: crisis, renovación y refundación”, *Cuestión de Estado* (Lima, IDS), año 2, núm. 7 (1994).

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 32.

tidos se ha retraído en un pluralismo extremo con una situación de antipartido predominante. Sin embargo, la situación no ha variado mucho desde los años ochenta, en donde se podía ver un sistema caracterizado por el pluralismo polarizado o extremo con la existencia de partidos antisistema, aun cuando el juego electoral se definía en los partidos constituidos. Lo que quiero señalar es que, tal como venía dándose el movimiento de los partidos, no tenía por qué resultar extraño que predominara una situación antipartido como la que ahora podemos esperar.

Es interesante detenerse sobre el tema del sistema de partidos en el Perú. Alberto Adrianzén, tomando un concepto de Giovanni Sartori, señala que en el Perú no se puede hablar de un sistema de partidos propiamente dicho puesto que falta el fundamento que le dé sentido, esto es, la existencia de un "consenso básico".<sup>17</sup> Es decir, los partidos peruanos no han sabido actuar de acuerdo con los objetivos que dieron origen a los partidos en general, los cuales son: formar una voluntad política tratando de "legitimar en el bien común su pretensión de poder", personificar el eslabón entre gobierno y opinión pública, ser "agencias capaces de organizar el conflicto social y el debate político". El sistema de partidos implica el reconocimiento de la competencia por el poder, y con ello la legitimación de las minorías y de la oposición, esto es, en suma, el fomento de un ambiente democrático.<sup>18</sup> Si no hay competencia estamos ante un sistema monopartidista (lo que además es una paradoja conceptual, puesto que partido expresa la existencia de partes) y si existe es porque no hay democracia. El asunto entonces es que no ha habido en la historia política peruana una fuerza o voluntad organizada políticamente en un partido que haya sido capaz de fundar un orden global como sí lo hubo, por ejemplo, en Estados Unidos, ni surgió una figura excepcional como fue Thomas Jefferson.<sup>19</sup>

<sup>17</sup> Alberto Adrianzén, "Partidos y orden social en el Perú", *Travesía* (Lima), año I, núm. 3 (octubre de 1991).

<sup>18</sup> Sobre este punto siempre es bueno releer algunos textos clásicos. Además de los mencionados, Robert Michels, *Los partidos políticos. Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna*, Buenos Aires, Amorrortu, 1972; Sigmund Neumann, *Partidos políticos modernos*, Madrid, Tecnos, 1965; Maurice Duverger, *Los partidos políticos*, México, FCE, 1957; Giovanni Sartori, *Partidos y sistemas de partidos*, Madrid, Alianza, 1976, por mencionar sólo algunos.

<sup>19</sup> Al respecto consúltese el imprescindible libro de Richard Hofstadter, *La idea de un sistema de partidos*, México, Gernika, 1987. En él se muestra la evolución de los padres fundadores, quienes consideraban en un primer momento que la na-

Ahora bien, podemos intentar especificar un poco más el porqué del desprestigio y la deslegitimación de los partidos. Además del prebendismo y clientelismo se pueden mencionar otros factores, como la separación étnico-cultural, las formas oligárquicas de ejercer la política que presenta rasgos de re-elitización. Con respecto a esto último, la falta de transparencia es una de las causas que explican el desinterés por la política. Hay un vaciamiento de poder por parte de los partidos. La pérdida de prestigio de la política está asociada a la reducción del poder de los sistemas políticos. En este ambiente, más pesa el escepticismo compartido que la preferencia convencida.<sup>20</sup> La política, entonces, ha dejado de ser vista como un terreno de esperanza, en donde se puede imaginar la realización de un futuro mejor.<sup>21</sup>

En un interesante artículo y con la agudeza que le caracteriza, Guillermo Rochabrún cuestiona los términos tradicionales con los que se ha estado discutiendo el problema de la crisis de los partidos en el Perú. Se pregunta si acaso no se estarán trastocando los términos. Por eso es posible que cuando se habla de crisis de representatividad en realidad se quiere denotar otra cosa, que él llama crisis de intermediación: "La relación política en nuestro país —afirma Rochabrún— no ha venido siendo de representación sino de intermediación, pues partidos y líderes actúan como bisagra entre dos espacios heterogéneos: el Estado y los (a veces) ciudadanos".<sup>22</sup>

Este tipo de relación se está erosionando, continúa. Un indicio es que cada vez hay menos electores cautivos. El triunfo de candidatos sin partido, que conlleva una creciente independización del electorado, abona en ese sentido. Por otro lado, y con respecto al pragmatismo y a la falta de ideologías, señala que ninguno significa necesariamente despolitización (entendido como desentendimiento de lo público). Lo que ocurre es que "al no haber políticas de

ción era indivisible y, por lo tanto, no podía fragmentarse en partidos, hasta llegar, finalmente, a la convicción de su imprescindibilidad. En relación con el comportamiento de los partidos en el Perú, "incapaces de establecer relaciones estables entre sí", véase el artículo de Martín Tanaka, "La consolidación democrática y la crisis de legitimidad de los sistemas de partidos en la América Latina de los noventa", *Perfiles Latinoamericanos* (México), año 4, núm. 6 (1995).

<sup>20</sup> Rolando Ames Cobián, "Los partidos y la elitización del poder", *Cuestión de Estado* (Lima, IDS), año 2, núm. 7 (1994).

<sup>21</sup> Gonzalo Portocarrero, "Mundo popular y clase política: las razones del desencuentro", *Cuestión de Estado* (Lima, IDS), año 1, núm. 3 (1993).

<sup>22</sup> Guillermo Rochabrún S., "¿Crisis de representatividad?, ¿o crisis de intermediación?", *Cuestión de Estado* (Lima, IDS), año 2, núm. 7 (1994), p. 10.

desarrollo creíbles desaparece una de las bases de adhesión a los partidos —base más relevante para la burguesía y ciertas capas medias—.<sup>23</sup> Ante ello, la población simplemente retira su apoyo a los partidos porque no han sido capaces de dar solución a sus demandas. Finalmente, hay que sumar otro factor: la crisis fiscal del Estado, que cada vez ofrece menos ocasionando que la población trate de cubrir autónomamente ese vacío.

Las fuerzas políticas no están inmóviles, pues los nuevos partidos que surgen pugnan por tratar de expresar a los sectores sociales propios de la nueva situación aunque, obviamente, con éxito dispar.<sup>24</sup> Un elemento que nos hace reafirmar lo anterior se puede ver en la composición de muchas listas de las fuerzas políticas que se prepararon para competir en las elecciones generales de abril de 1995. En la mayoría, si no en todas, era posible observar que los candidatos trataban, en lo posible, de reunir tres características: la de provenir de los estratos menos favorecidos, haber tenido éxito y pertenecer a los grupos étnicos mestizo o cholo. Lo dicho, estamos ante la búsqueda de que los aspirantes a representantes sean realmente fidedignos con respecto a la base social que tratan de expresar. Se trata, por supuesto, de un proceso de mediano plazo. Quizás en el futuro podamos decir que, finalmente, la nación ha encontrado el Estado que buscaba, y en ese momento, con toda seguridad, otros serán los partidos.

*Una especie de colofón a propósito de todo lo dicho*

COMO señalé líneas arriba, la autocrítica por parte de los partidos se vuelve imprescindible. Es más, ya afloran algunas voces en ese sentido,<sup>25</sup> sin embargo, se trata de un proceso muy inicial aún. Parte de ese ejercicio autorreflexivo debe contener los siguientes puntos.

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 12.

<sup>24</sup> Francisco Guerra García, "Crisis nacional y participación política", *Cuestión de Estado* (Lima, IDS), año 1, núm. 6 (1993).

<sup>25</sup> Por ejemplo, es interesante lo que dice Henry Pease, uno de los más encendidos opositores del fujimorismo: "La sociedad y la política han desarrollado una crisis lo suficientemente larga como para estar en condiciones de fragmentación y ésa es la base del poder de Fujimori. Fujimori ha demostrado que tiene un amplio apoyo popular y ese apoyo popular corresponde a logros de gobierno, y se ha conseguido con el uso del aparato estatal y no con la construcción de la fuerza política". Y continúa: "Yo sostengo que ese pueblo votó por Fujimori porque tiene razones absolutamente justificadas para que las cosas no vuelvan para atrás. Y hubo una serie de errores en la oposición, como el dividirse. Necesitábamos

En primer lugar, la responsabilidad de los partidos que durante la década de los ochenta tuvieron en sus manos la conducción del país sobre el desencanto de la ciudadanía con respecto a la democracia. La ineptitud, que fue real, de los partidos para solucionar los problemas básicos parece haber ocasionado la preferencia de los ciudadanos por regímenes autoritarios, más allá de que éstos encuentren su origen en elecciones libres y generales. De otra manera ¿cómo explicarnos la aceptación del discurso de Fujimori que señala que habrá más democracia mientras menos intervengan los partidos?

En segundo lugar, el crecimiento de la figura del caudillo está en relación inversamente proporcional al descrédito de las instituciones, ubicando entre ellas a los partidos, obviamente. Pero no es sólo que los partidos, en tanto instituciones que debieran normar los comportamientos de los sujetos en materia política, sean insuficientes y endebles, sino también es la responsabilidad que ellos han tenido en la falta de consolidación de otras instituciones centrales (Parlamento, Justicia, Fiscalía) debido a su indudable influencia en ellas. Es decir, las redes clientelares y prebendistas han actuado perversamente en perjuicio de unos y de otros.

En tercer lugar, todavía no se han evaluado con profundidad y seriedad los efectos que la actuación de los partidos ha tenido sobre el proceso social peruano que algunos vieron lindar con la anomia y la desestructuración. En la medida que aquéllos relajaron sus lazos orgánicos con la sociedad permitieron la expansión de zonas de vacío que fueron rápidamente cubiertas tanto por la acción subversiva (que se focalizó en jóvenes y sectores rurales pauperizados) como por el autoritarismo (que se ha tendido a identificar con eficacia).

Quizás muchos otros puntos se puedan agregar a la agenda de discusión sobre los partidos, como la renovación generacional de dirigentes, el cambio de discursos y estilos de hacer política, etc. Pero lo que es central, y espero que haya quedado más o menos claro después de la lectura de estas páginas, es que para que los partidos en el Perú (y en general) sean relevantes deben expresar de la mejor manera posible los cambios culturales y sociales que se manifiestan en sus respectivas sociedades. Es decir, la política sólo adquiere sus-

un candidato de consenso democrático, porque era necesario presentar en dos el esquema electoral, porque tenemos a alguien muy fuerte en el poder del Estado'', entrevista en la revista *Oiga* (Lima), núm. 744, 22 de mayo de 1995.

tancia cuando encarna esos procesos de larga y lenta maduración y le dan forma institucional. De otra manera la política queda relegada al manejo provisional y coyuntural de determinados aspectos en torno a los asuntos del poder sin ser capaz de cumplir con lo que es su objetivo central: construir sociedades organizadas.